AL ENCUENTRO DE DIOS

Obras espirituales escritas por un Carmelita Descalzo.

Alegría de morir (2.ª edición).
Días de intimidad con Dios en el Carmelo. (Las Virtudes: 2.ª edición.)
Días de intimidad con Dios en el Carmelo. (Dios y la religiosa.)
Días de intimidad con Dios en el Carmelo. (Jesucristo y la religiosa.)
Con Dios a solas.
Dios en mí.
Al Encuentro de Dios.
La Inhabitación de Dios en el alma justa. (3.ª edición.)
Cómo tendré yo oración. (4.ª edición).
Isabel la Católica Sierva de Dios. (Vida en orden a su beatificación.)
El Concilio Vaticano II y la Espiritualidad.
Oración mental según Santa Teresa. (3.ª edición.)
La Gracia deifica el alma.
El Espíritu del Terciario.
Novena a San Juan de la Cruz.
Libro de la Institución de los primeros monjes, escrito por Juan de Jerusalén y traducido del latín.
La Tertulia sobre la oración, la televisión y la radio.
Yo en Dios o El cielo.
Mis Conversaciones.

Depósito y reparto en *Distribuciones Codesal* - Recaredo, 34 - Sevilla.
Pídalos en las librerías.

I.S.B.N.: 84-300-0401-7
Depósito legal: M. 2199-1979
Impreso en: Hijos de E. Minuesa, S.L.
Ronda de Toledo, 24 - Madrid-5

AL ENCUENTRO DE DIOS

POR UN

CARMELITA DESCALZO

Segunda edición

CENSOR DE LA ORDEN
Nihil obstat.
Fr. Fabián de San José, O. C. D.
Fr. Esteban de San José, O. C. D.
Madrid, 19-III-1958

IMPRIMATUR:
Fr. Pedro Tomás de la Sgda. Familia, O. C. D.
Provincial
Madrid, 23-III-1958

CENSURA DEL ORDINARIO
Nihil obstat.
Dr. Manuel F. Lerena
Madrid, 4-VIII-1958

IMPRIMASE:
Juan, Obispo Auxiliar y Vic. Gerl.
Madrid, 4-VIII-1958

INTRODUCCION

Varios son los trabajos que se han escrito en todos los tiempos sobre la soledad mirándola bajo muy diferentes aspectos, y no son pocos los autores que la admiran y ensalzan.

Quizá parezca cosa anacrónica hablar hoy de soledad, cuando vivimos para la actividad hasta casi la locura: vivimos para todas las actividades, las materiales y las espirituales. ¡Y se va a hablar aquí de la soledad hoy!

Como santo entretenimiento pretendí escribir mis meditaciones sobre la soledad espiritual, pues es para mí tema deleitoso y de aliento para el espíritu.

Quería exponer brevemente lo que los poetas soñaron y escribieron de la soledad, que no era ciertamente la espiritual, e intentaba yo hacer ver la diferencia que hay entre una cosa y otra; hablar algo de la delicada hermosura, de la encantadora e íntima alegría que existe en esa soledad espiritual; de la heroica santidad y de la eficacia del apostolado del solitario que me atrae y seduce.

No pensaba yo, como los poetas, en la belleza del paisaje, en la paz y sosiego del aislamiento, o en huir por unas horas el ambiente de la ciudad desazonada y ruidosa, sino en el embeleso y efusiva alegría del alma que se ve sola con Dios, en gozo infinito.

Pero como será para muchos extraña novedad oír que hay belleza y alegría en la soledad espiritual, y temí que pudiera juzgarse opinión mía no digna de prestársela crédito, decidí exponer la doctrina de santos y escritores eminentes, bien conocidos, que habiendo vivido la soledad espiritual, nos ayudarían con su autoridad y experiencia a comprenderla mejor.

Suyas serán las razones, suyos los textos que aquí trasladaré con sus mismas palabras y su mismo entusiasmo. Expresaron con la elocuencia del corazón lo que heroicamente habían vivido.

Antes que estos testimonios, veremos la soledad cantada por los poetas, sus ficciones y sueños, y después la alta y delicada alegría y seductora belleza de la soledad cristiana, donde el espíritu de Dios lo llena todo y las almas santas son bellísimo espejo en que se refleja la hermosura de Dios y su felicidad sin límites.

La soledad espiritural viene a convertirse en la más noble y dulce compañía, porque el mismo

Dios habita en el alma que vive gozosa en Dios y sólo para Dios.

Madrid, víspera de Todos los Santos, 1957.

PARA LA SEGUNDA EDICION

Me ha parecido muy conveniente para el mayor agrado de los lectores y amantes de la soledad, poner algunas poesías más de conocidos y buenos poetas de entre los muchos que han escrito loando la soledad y también aumentar algunos textos más de Santos que vivían y admiraban la soledad y en esa vida solitaria Dios les hizo muy señaladas y regaladas mercedes e hicieron muchísimo bien a la Iglesia y a la sociedad.

Sólo he juzgado prudente poner muy pocos textos y alabanzas de tantísimos y tan magníficos como se han escrito por los Santos y por los autores no santos pero admiradores de los misterios que tiene que haber en la soledad con Dios, entre Dios y el alma. El alma enamorada de Dios y toda ofrecida a Dios, y Dios enamorado del alma y volcando sobre ella sus misericordias.

Dios las muestre sobre todos los lectores, porque los encuentre enamorados de Dios. Nada hay en la creación entera semejante a la bondad

de Dios y muestra su infinita bondad con sus almas enamoradas.

Escrito en Las Batuecas el día 14 de septiembre de 1978, exaltación de la Santa Cruz.

CAPITULO I

La soledad material es contra la condición natural del hombre

El amor a la soledad, la vida en los desiertos y la profesión de solitario, son flores fragantes y frutos sazonados del Evangelio. La soledad cristiana es transformación y sublimación, es levantamiento a vida más íntima y de mayor gozo.

No inclina a la soledad la condición natural del hombre, porque el hombre es necesariamente sociable. No sólo necesita de la compañía de sus semejantes para el desenvolvimiento de la vida; la necesita aún más para su solaz y para comunicar sus penas y sus gozos.

El hombre quiere la compañía y la busca, encontrando en ella la ayuda, la alegría y hasta el valor. «La soledad es cosa triste», decía Fray Luis de León, y «la soledad no es buena» (1), porque corta las naturales y santas expansiones, las delicias de la amistad y los consoladores desahogos del espíritu. La soledad seca el corazón

---

(1) FRAY LUIS DE LEÓN: *Los nombres de Cristo; Hijo.*

y termina con la delicadeza y con las aspiraciones de mejoramiento. La soledad, fuera del cristianismo, hace al hombre áspero y vasto, embrutece y conduce a la destrucción de la naturaleza humana.

No se sabe lo que se desea cuando se quiere la soledad. El que se ahoga en el tráfago de la vida, o en el hastío del gobierno y en el acoso de los problemas, suspira por encontrar un tiempo de reposado bienestar, y la experiencia enseña que estos motivos no bastan para soportar la soledad, aun cuando esté mitigada con la compañía de seres queridos. La soledad es cosa triste, es nombre de miseria. *Solamente la soledad cristiana es la que tiene fundamento y es posible para el hombre.*

La soledad cristiana no es destrucción, ni negación, sino transformación y elevación del hombre. La soledad espiritual es, como veremos más adelante, apartamiento de hombres muy imperfectos, que se ocupan de negocios terrenos, de disipación, de ambiciones, de gozos de los sentidos, de pasiones e intrigas y de los conflictos políticos y sociales, *de la concupiscencia de la carne, de la concupiscencia de los ojos y de la soberbia de la vida* (2), para buscar a Dios.

---

(2) San Juan: *Epístola I.* Cap. 2, 16.

En la soledad espiritual se encuentra la compañía más encumbrada y dichosa, más llena de gozos y contentos del alma, muy superiores a los que el sentido pueda soñar. En la soledad espiritual se consigue el aquietamiento de lo terreno y el dominio de los movimientos pasionales, que impiden la total entrega al Señor para recibir su luz amorosa. Es el perfecto ofrecimiento a Dios para gozar íntimamente del mismo Dios y es expiación de amor y penitencia por los propios pecados y por los pecados de todos los hombres, nuestros hermanos, pues la penitencia es una manifestación del amor a Dios.

La soledad espiritual es amar a Dios sobre todas las cosas, y por su amor y compañía dejarlo todo.

En el cielo no hay soledad. El cielo es la convivencia más íntima y amorosa de pura delicia en Dios y con Dios y con todos los Angeles y Bienaventurados.

CAPITULO II

La soledad en Aristóteles y en Santo Tomás

La idea de la soledad no fue desconocida en la antigüedad, antes de Jesucristo, a los paganos, y tampoco se dejaron de ver las dificultades que encierra.

En el pueblo de Israel ya se amó y vivió la soledad en su concepto más noble de soledad espiritual y santificadora. En lo alto del monte Sinaí vivió Moisés en subidísima contemplación durante cuarenta días, y en altísimo y regalado contacto con Dios. Allí recibió luces que nunca habían brillado con semejante fulgor y conocimientos nunca oídos en la tierra; allí se le manifestó el Señor y le entregó los diez mandamientos; del Sinaí bajó Moisés con el rostro, de tal manera iluminado, que los israelitas no podían mirarle sin deslumbramiento. Allí le comunicó el Señor la prudencia, la fortaleza y la sabiduría para conducir y gobernar al pueblo elegido.

El filósofo griego Aristóteles se detuvo a examinar el concepto de la soledad en su doble as-

pecto bueno y malo. Quizá oyó a alguno de los filósofos de su tiempo, como Diógenes y antes Pitágoras, el deseo de vivirla, o bien supo que en otros pueblos orientales se vivía.

Aristóteles reconoció que la soledad no es apetecible a la naturaleza humana en su condición normal, ni sirve de suyo para dignificar y ennoblecer al hombre, pero sí en casos excepcionales y a personas fuera de lo normal.

Así, escribió sobre el hombre solitario este pensamiento:

> «El hombre es un ser sociable, y aquél que permanece salvaje por organización y no por acaso, es un monstruo a quien puede dirigirse el reproche de Homero: *Huid del hombre que sin leyes vive, sin familia, sin hogar ni afecciones.* El individuo así degradado es indomable como los pájaros salvajes, y puede decirse que está en guerra con su propia naturaleza.
>
> ...»Si cada individuo aislado no puede bastarse a sí mismo todos estarán separadamente en el mismo caso. *Si se hallase un hombre que no pudiese vivir en sociedad o que pretendiese no necesitar cuidado alguno, no sería propiamente hombre: ese sería una fiera salvaje o un Dios.»* (1)

Aristóteles no tenía, ni era posible tuviera, lo que hoy llamamos vida espiritual y trato íntimo con Dios, conseguido por la vida de oración,

---

(1) ARISTÓTELES: *Política.* Lib. I, cap. I. Traducción de Antonio Zozaya.

por la presencia de Dios y por las virtudes cristianas, que es precisamente lo que se intenta desarrollar en la soledad evangélica.

Aristóteles nació y vivió en el paganismo, cuatro siglos antes de Jesucristo; su vida se desenvolvió sin conocer las verdades reveladas, pero su profunda inteligencia natural sacó tan magníficas consecuencias, que sirven de fundamento firme para resolver de antemano muchas de las dificultades que pueden oponerse a la vida solitaria, que vivieron siglos después incontable número de fervorosos cristianos, los cuales, dejando todas las comodidades y aspiraciones de bienes terrenos y de fama, se fueron a establecer su morada en regiones muy alejadas del trato de los hombres; regiones estériles e inhóspitas y abrasadas por el sol.

En aquellos yermos solitarios vivieron almas angelicales, víctimas puras en inmolación y expiación; hacían una vida sumamente penitente, de continua oración, y con el pensamiento y el corazón puestos en Dios.

Así florecieron los desiertos del Asia y del Africa con flores desconocidas y dieron los frutos más sabrosos de hermosísimas virtudes. Allí vivieron, admirados, toda la soberana maravilla de la vida interior, donde Dios se mostró Padre de misericordia y de magnificencia inenarrable.

Santo Tomás de Aquino hace suyo este pensa-

miento de Aristóteles (en lo que encierra de verdad), como hizo con tantos otros, gloriándose de seguir las huellas de tan preclaro filósofo, y llamándole el Maestro de la filosofía natural. Cristianiza Santo Tomás el pensamiento de Aristóteles y lo sobrenaturaliza, diciendo que enseña no sólo una gran verdad de filosofía perenne, sino una alentadora verdad cristiana, y un camino para llegar a vivir la perfección evangélica.

Aquí se establece claramente la diferencia que hay entre el ideal de un bandolero, que se hace en la soledad peor que las fieras, y el ideal del santo eremita, que escoge el desierto para vivir con toda la perfección posible en la intimidad con Dios y hacerse santo por amor y virtud.

Nuestro Señor Jesucrito, Redentor del Mundo, modelo nuestro y modelo de toda santidad, se retiró cuarenta días a la soledad más perfecta. Allí, en oración y penitencia continua, tenía su entendimiento y su voluntad en Dios. Al desierto, y en soledad, se retiró para amar en el más perfecto y alto amor: para ofrecerse, rogar por el mundo, prepararse para los tres años de evangelización doctrinal y, finalmente para la redención en la cruz. Jesucristo, Dios y hombre, santificó y divinizó la soledad y enseñó cómo habría de vivirla el cristiano que en esto le quisiera imitar.

Alabando Santo Tomás la vida santísima de Jesucristo en el desierto, alababa y admiraba también la vida santa de tantos solitarios que se retiraron y vivieron heroicamente en los desiertos de Palestina y de Egipto; cuyas vidas leía diariamente en *Las Colaciones,* de Casiano.

Dice el filósofo que aquel que vive solitario o es una bestia, si escoge esa vida por maldad o desprecio, o es un Dios si la escoge para mirar y admirar la verdad (2).

---

(2) SANTO TOMÁS DE AQUINO: *Suma Teológica, III, XL, I-1.* Esto mismo repite en la II-II, q.,188, al 5, con estas palabras: «El hombre puede vivir solitario de dos modos: uno, no tolerando la compañía ni la sociedad de los hombres por la maldad de su condición, y esto es propio de fieras. El otro, porque piensa continuamente en las verdades divinas unido a ellas y viviéndolas y esto está por encima de la condición del hombre. Por esto dijo el filósofo en *Libro primero de Los Políticos: Que el hombre que no trata y comunica con los otros hombres es, o una fiera o Dios; es decir: es hombre divino».*

CAPITULO III

La soledad en la Literatura

Mucho se ha escrito de la soledad, pero de cuantos hablaron de ella alabándola como fuente de paz, muy pocos la vivieron.

Numerosos poetas y literatos de todos los siglos, que vivían en el bullicio y en la disipación de la sociedad, han cantado con delicadas estrofas y párrafos brillantes el encanto de la soledad. Ríos y fuentes, rincones de paraíso, han desfilado por sus páginas. Mas a pesar del entusiasmo y nostalgia por tanta belleza, ni la buscaron, ni la desearon, a lo sumo, por muy breve tiempo y no pudieron gozar de paz tan hermosa.

Aun de la soledad religiosa, escribía Santa Teresa que muchas veces es mejor desearla que vivirla.

Describió Horacio y cantó Virgilio la vida sencilla y placentera del campo, la atmósfera serena impregnada de aromas de flores campestres, las armonías del canto de los pájaros, la

belleza de las auroras, el embeleso de las arboledas y de los variados paisajes, pero todo esto se unía a una mesa refinada, con la regalada compañía de los amigos y seres amados. Soñaban Horacio y Virgilio y como ellos después todos los literatos del renacimiento, los encantos de la vida bucólica y de una Arcadia feliz, *lejos del mundanal ruido,* del bullicio y de las intrigas palaciegas, políticas o sociales, lejos de las envidias y privanzas, y, sin embargo, todos ellos buscaban afanosos la fama y el renombre y se desvivían por todo lo contrario de lo que cantaban. Ninguno de ellos tuvo fortaleza para vivir en soledad, como en magníficos versos lamenta Jovellanos de sí mismo.

Karl Vossler (1) ha recogido algo de lo mucho que han cantado los poetas españoles sobre la soledad. Pero ni los poetas ni los literatos que han escrito sobre tema tan sugestivo, con excepción de un muy corto número, han llegado no ya a describir, pero ni aún a sospechar la verdadera grandeza y gozo de la soledad espiritual, muy superior a todo otro goce físico o estético.

Para poder concebir el encanto íntimo y la belleza impalpable de la soledad no es suficiente fantasear una soledad ilusoria en una campiña bellísima por su frondosidad y variada vegeta-

(1) KARL VOSSLER: *La Soledad en la poesía española.* Traducido por José Miguel Sacristán, Madrid, 1941.

ción, con una temperatura suave y una paz completa. Esta soledad es ficticia y novelesca, y sólo buena para solaz de la imaginación, como la soledad de Don Quijote haciendo una loca penitencia solo en Sierra Morena, con el pensamiento muy lejos de Dios, o la de Guaticolo en *La araucana* o la de Polifemo en la *Odisea.*

Si llegasen a vivir la soledad los poetas que la describen con tanto entusiasmo, huirían muy pronto de ella como de carga insoportable y, ansiosos, buscarían la compañía de los hombres. La alegría y el contento no está en los árboles o en los ríos, ni en los peñascos o en los valles desiertos, sino en las almas, y para que sea duradero el gozo ha de brotar de dentro, de lo íntimo del alma, sin derramarse al exterior; porque el cansancio y el aburrimiento no nacen del lugar, sino de la naturaleza humana en la tierra, donde el hombre se encuentra desterrado y siente ansias de lo que le falta.

El hombre es sociable por naturaleza; necesita comunicarse y busca otros hombres cuando no gusta de la comunicación con Dios. La soledad espiritual es comunicación con Dios e inmersión en su infinita claridad.

Para poder escribir la delicia de la soledad es necesario haberla buscado y haberla vivido, y para que la soledad sea gozosa y su gozo durable, se ha de vivir mirando al cielo, con el co-

razón encendido por la esperanza de una vida más íntima y más alta, en no interrumpido trato con Dios y recibiendo de su mano de Padre amoroso enseñanzas secretas y dulcísimas armonías de cielo, que iluminan y envuelven delicadamente las potencias del alma, llenándolas de divino dulzor a través de las pruebas y de las virtudes en alas de la fe.

CAPITULO IV

La soledad evangélica es compañía de Dios

La soledad evangélica, que es vida espiritual y gozosa, es alejamiento del trato con las personas del siglo que no se ocupan de amar y agradar a Dios, ni se cuidan de alcanzar la perfección, sino de los negocios de la tierra; la soledad evangélica busca la compañía de Dios y de las personas que, retiradas, procuran vivir vida muy espiritual en una continua presencia de Dios, en el más atento y amoroso ejercicio de las virtudes, para estar tratando más íntimamente de amor con Dios y estarle totalmente ofrecidas, pendientes sólo de su divina Providencia, y continuamente alabando y amando al Señor unidas a su voluntad y a su amor.

De aquí que la soledad espiritual en rigor no es soledad, sino *íntima y amorosa compañía con Dios solo y a solas;* allí Dios lo llena todo: llena el alma y todas sus potencias, y el alma, así maravillosamente llena, se refugia más y se esconde en lo íntimo, callado y secreto de Dios; allí recibe sabiduría de cielo y vive vida de virtudes; allí

el alma es inflamada en la llama del amor divino y hecha una cosa con la voluntad de Dios.

Ni es posible haya compañía más llena de luz, de bondad y de gozo; porque todos los seres criados comparados con la infinita bondad, hermosura y sabiduría de Dios, son fealdad y sombras. En esta soledad con Dios están sus ángeles pura luz y delicia.

Este espiritual solitario no se aparta de los hombres por aversión hacia ellos, como pensaba Aristóteles, ni porque él pueda bastarse a sí mismo; huye porque aspira a vivir solo con su Dios; huye del mundo y de los hombres para hacerse digno de participar de la verdad suprema y vivir la vida verdadera; para amar a Dios y para santificarse más fácilmente y también para amar más a los hombres e inmolarse por ellos imitando a Jesucristo y en su compañía, amándoles en el mismo amor de Dios.

Esta soledad espiritual y santa, en la compañía silenciosa de otras almas que arden en los mismos deseos y se ofrecen al amor y alabanza de Dios, es un paraíso anticipado, es la reunión de santos con un mismo fin, los cuales se ayudan mutuamente con sus ejemplos y con sus oraciones a santificarse más y se instruyen en la verdad de Dios.

Sólo como excepción han vivido algunos santos en soledad total y sin compañía. Unicamente

el que de este modo remonta el vuelo en alas de la fe y del divino amor, incomparablemente superiores a las alas del genio, puede vivir largo tiempo en la soledad y experimentar su dulzura. Las alas de la gracia y del amor remontan al alma, enseñándola a trascender lo criado visible, no menospreciándolo, ya que es obra de Dios, sino sobreestimándolo sin apego, y sobrenaturalizándolo y subiendo por ello y sobre ello hasta el Creador.

Para el solitario, la creación entera es cántico dulcísimo de alabanza a Dios que pregona su grandeza. Pero sólo el amor de Dios y la limpieza del alma, con el continuo ejercicio de las virtudes, pueden hacer apta al alma para sentir y ver el mundo transformado y embellecido con la luz de Dios y hermoseado con vestido de gloria, que convierte la soledad en antesala del cielo. Y el Padre de las misericordias, que vistió de belleza las criaturas, pone en el alma santa y callada reflejos de luz celeste y dulcísimos ecos sobrenaturales, cuando a El le place.

La soledad en sí no podría dar gozo, porque convida a melancolía y porque el hombre no puede satisfacerse a sí mismo. Pero el gozo, como el levantamiento y la transformación, viene de Dios, y el solitario, cerrando los ojos a todo lo demás, va en busca de Su Amado e infinitamente amante y amable.

Esta soledad santa y dichosa es llenez de compañía; es inmersión en el amor infinito y en la infinita verdad, y pone en el alma una riqueza no soñada, más grande que el mundo y saturada de toda delicia en realidad o en esperanza de fe.

Ni suele ser tampoco soledad totalmente aislada de los hombres, sino soledad reglamentada, donde se vive, como ya he dicho, en compañía de almas santas que guardan muy prolongado silencio y están aisladas de los intereses del mundo, viviendo en pobreza, para así reunidas, poder tratar mejor con Dios y animarse más y tener más limpia conciencia, estimularse a más perfectas virtudes y guiarse con mayor seguridad por el camino del cielo.

Esta soledad espiritual, en la que vivió San Jerónimo en compañía de tantos monjes santos y de la cual escribió tan encantadoras maravillas, esta soledad de hombres aislados del mundo y silenciosos, es la soledad que vivieron toda su vida San Antonio, San Macario, Arsenio y muchísimos Santos, y algunos años San Atanasio, San Juan Crisóstomo y San Basilio, como la vivió y ponderó sobre toda comparación San Bernardo y San Euquerio; esta es la soledad que describió el beato Raimundo Lulio y cantó y vivió tan delicadamente San Juan de la Cruz. Esta es la soledad santa y el silencio espiritual que buscaron y vivieron en los tiempos pasados, y buscan y

viven hoy, muchas almas, voluntarias víctimas de amor.

Soñar con nostalgia en la soledad por hastío de los hombres, por cansancio propio, por traiciones y desengaños; buscarla por tristeza o melancolía, cantarla por halagar el sentimentalismo, escribir deliciosas páginas sobre la soledad para producir grata impresión o admiración de los lectores, es no comprender la soledad, como no llegó a tener Horacio ni la más leve noción de la inmortalidad gloriosa del cielo, cuando pensando en su fama de poeta exclamaba: *No moriré todo.*

La soledad que cantan los poetas no puede comunicar la inexplicable alegría que, según mi pobre entender, rebosa en la soledad espiritual.

Nunca puede el hombre saciarse con la belleza material, porque ha sido criado para otra belleza más alta, para llegar a la posesión de otro ser más levantado, para vivir en el mismo Dios infinito, suma hermosura, en la vida de infinita sabiduría e infinita dicha, la cual busca necesariamente, aun sin saberlo, y es la única que puede hacerle feliz; tiene sed de infinito y busca esa compañía de Dios amorosísimo, y la encuentra en la soledad espiritual, donde se agranda la esperanza de la vida del cielo, donde se entrega sin reservas al Señor, donde Dios pone nuevos amores en el alma, tanto más delicados

ordinariamente, cuanto el alma está más rodeada de silencio, más despegada de las cosas y en mayor soledad material.

«La soledad cristiana es sencillamente hacer lugar a Dios y, al estar solos con el Todo, estamos todo con el todo», según la doctrina de San Juan Crisóstomo (1). y como cantó y explicó San Juan de la Cruz.

Pues cuando el alma vive en esa santa soledad, llena de misterios de amor, gusta de repetir con toda humildad, pero con gozo que no puede reprimir, lo que San Juan de la Cruz escribió viéndola y saboreando algo de la infinita dulzura:

Y en soledad la guía
a solas su querido,
también en soledad de amor herido.

---

(1) *Obras de San Juan Crisóstomo; versión española y notas de Daniel Ruiz Bueno. Introducción* B.A.C. Madrid, 1958.

CAPITULO V

La soledad en los poetas españoles: Juan Matos, Lope de Vega, Calderón y Tirso de Molina

Todos nos forjamos dentro de nosotros mismos un paraíso de terrenas delicias, mientras por fuera nos envuelve un destierro de amargura. Cantamos el ilusorio ideal de dentro con alegría, porque es más bello y luminoso que la realidad externa, mientras suenan los tristes lamentos y dolorosas quejas de la pena externa del destierro.

Según ese ilusorio ideal de dentro, piensan los poetas y literatos una soledad ficticia a la cual entonan sus cantos y alabanzas lamentando la realidad externa, tan dura y amarga.

La falta de satisfacción presente, la desconfianza que nace del trato con los hombres, el experimentar que la disipación y las diversiones no pueden llenar la aspiración de infinito que Dios puso en las almas, mueven a los soñadores poetas a fantasear la paz y la quietud en una soledad paradisíaca que no existe; pero esos soñadores, ni aun pretenden poner la más pequeña diligencia

para salir de lo mismo que lamentan y probar a vivir la soledad que cantan. Esa soledad es sólo pura fantasía y sueños vanos; es el paraíso de ilusión que todos llevamos dentro y donde nos es permitido pasear a veces, no siempre, para un imaginario descanso de la lucha de la vida externa.

Goza el que lee las bellezas ficticias y fantásticas, quizá más cuanto más inverosímiles. Dígalo la atención tan fija que los niños prestan a escuchar cuentos disparatados y la afición tan ciega y desmedida de los jóvenes y ancianos por la lectura de novelas, estando ciertos de que son fantasías, quizás muy locas y descabelladas. Pero goza el hombre leyéndolas, porque la ficción bellamente expresada recrea siempre y entretiene la fantasía y hace olvidar la tristeza de la vida; porque hace recordar, aunque sólo sea por breve rato, otros ideales y otros poderes sobre la naturaleza externa, pobres sombras del ansia de vida dichosa e inmortal, que Dios puso imborrable en el alma humana, y se goza el entendimiento con mirarlos allá lejos, aunque muy imperfectos, como existentes en la quietud de la lejana soledad, ya que no se encuentran en la ambiciosa y loca actividad de las ciudades.

Las nostalgias o tristezas, las intrigas o traiciones, los sufrimientos o dolores de todo género, que encontramos por todas partes en la tierra y en el diario trato con los hombres, hacen

apetecer la soledad y sentir complacencia y delicia pensando en la alegría y bienestar ausentes y juzgamos que existen allí; se quisiera encontrar algo íntimo, confidencial, delicioso, sobreterreno, de la paz que está fuera de este mundo engañador y el poeta y literato la localizan y asientan en la soledad serena y pacífica; mas no por eso pretenden salir de esta algarabía del mundo que lamentan y que es su propio ambiente formado por ellos mismos; sólo mueven con sus bellas frases las brisas y las hojas de los árboles del paraíso terreno, pero ideal, que todos llevamos dentro y el sólo removerlas da contento.

Los solitarios verdaderos vivieron esa cantada y auténtica paz.

* * *

Antes de exponer cómo vivieron la paz y la alegría en la soledad las almas santas que a ella se retiraron, y para conocer mejor su verdadera grandeza y hermosura, en contraste con la idea que de ella forma la literatura profana, me parece conveniente presentar lo que de la soledad escribieron algunos de los poetas españoles más representativos, casi todos ya mencionados por Vossler en el citado libro.

JUAN MATOS FRAGOSO. Nacido en Portugal, vivió en la corte, y no tuvo deseo alguno de salir de su bullicio e intrigas, y en la corte escri-

be para el teatro la vida de *Juan Labrador,* vida patriarcal y pacífica de aldea, pero no vida de solitario espiritual, sino de un hombre apartado de la agitación y adulación de la corte. Sus conceptos serán muy prudentes, pero no conoce la soledad espiritual ni la material; Juan vive contento en su campo y en su casa abundante de bienes, en paz, en virtudes; vive dirigiendo, como padre, sus labores y hacienda; se ve en él todo eso bueno y admirable, que el poeta no encontraba en lo artificioso y agitado de la corte, y pone en sus labios estas paternales y sensatas enseñanzas dirigidas a sus hijos cuando dejan la quietud del campo y se trasladan a vivir en la ciudad, cerca del rey;

JUAN. ¡Ay, hijos! ¿La confusión
de la corte apetecéis?
MONTANO. (hijo). Esa queremos, señor.
JUAN. Mirad que en las soledades
se pasa y vive mejor.
. . . .
REY. Ya sé, Beatriz, que el aldea
aborrecéis.
BEATRIZ. Es martirio
para mí el campo; a la corte
me llama el afecto mío (1).

(1) JUAN MATOS FRAGOSO: *El sabio en su retiro y el villano en su rincón, Juan Labrador.* Jornada III.

Y cuando el rey pretende premiar las virtudes y la generosidad de Juan, llevándole a la corte y teniéndole junto así, el poeta pone en los labios del labrador bueno, amable y prudente, la respuesta que da al mismo rey:

JUAN. Andad, Señor, que no quiero
más que conciencia segura,
mi rincón y mi sosiego;
que lo demás es delirio (2).

El poeta alaba y admira la quietud del campo, pero no la vive; describe lo que debiera ser, pero no quiere vivir de ese modo. Y aún esa misma quietud del campo, que llaman soledad por contraste con lo agitado e inquieto de la ciudad, no es soledad física, ni mucho menos espiritual (a la que ni hace referencia); es, como tantas, soledad de teatro.

* * *

LOPE DE VEGA. Deleitables me parecen, sobre toda comparación, y, para mi gusto, encantadoras más que cualquier otras, las sentidas

---

(2) Idem. íd.

estrofas de la *Canción* de Lope de Vega, toda ella llena de inspiración y ternura:

A mis soledades voy,
de mis soledades vengo;
porque para andar conmigo
me bastan mis pensamientos (3).

Nunca Lope de Vega vivió en la soledad, ni era temperamento para vivir solo, ni tenía fuerza de voluntad para renunciar a su nombre y a su fama, anonadándose (primer elemento para la soledad espiritual), ni su espíritu podía hacerse a gustar de la soledad; muy al contrario, buscó siempre y gozó, con frecuencia en demasía, del enredo y de la intriga de los mundanos y de la corte, de sus costumbres, vanidades y reprobables amores; pero su inspiración, el sentimiento, la delicadeza y el gusto poético le dictaron versos maravillosos, en los cuales cantaba deleitosamente y con amor vano lo contrario de lo que vivía y procuraba vivir.

Vivía en la ciudad, se movía en la ciudad, anhelaba amistades y amores vanos de la ciudad y se gozaba algunas veces escribiendo versos inmortales sobre la soledad soñada por él, según sus gustos, con una buena mesa y la compañía alegre de amigos. Escribía sobre una soledad que no lo era. Un sueño elegante.

---

(3) LOPE DE VEGA: *Canción*.

Por esto mismo no puede comprender ni sentir la soledad espiritual, ni expresar los efectos íntimos sobrenaturales de la gracia y luz de Dios en el alma, ni entusiasmarse con el lleno de Dios hermoseando, enriqueciendo y sobrenaturalizando el alma.

En sus *Autos* tiene muy profundos pensamientos, pero no recuerdo que eleve su consideración ni en el de *La Serrana de la Vera,* donde se le presentaba la oportunidad más propicia a cantar esta dulcísima y encantadora realidad de la soledad espiritual, en la cual Dios llena abundosamente de sus misericordias el alma eremítica santa. Repite una vez más en su *Canción al campo:*

> ... Estése el cortesano
> procurando su gusto,
> la blanda cama y el mejor sustento;
> bese la ingrata mano
> del poderoso injusto,
> formando torres de esperanza el viento.
>
> Viva y muera sediento,
> por el honroso oficio,
> y goce yo del suelo,
> al aire, al sol y al hielo,
> ocupado en mi rústico ejercicio;
> que más vale pobreza
> en paz, que en guerra mísera riqueza (4).

---

(4) LOPE DE VEGA: *Canción a la vida del Campo.*

Pero Lope de Vega se enfrentó de lleno con el tema de la soledad espiritual, no ya con este vago y lírico cantar a la soledad, y se enfrentó en su edad madura, cuando estaba en la plenitud de su gloria literaria. Llevó al teatro el tema de la soledad santa, eremítica; difícil tema para el teatro y para cuantos al teatro concurren, porque no es fácil vestir de realidad corpórea lo espiritual. Lope de Vega tampoco supo entrar en lo íntimo de la soledad espiritual en esa ocasión, como veremos.

Corría en su tiempo como historia, y ha corrido siglos después, la magnífica novela atribuida a San Juan Damasceno titulada *Historia de San Barlaam y de San Josafat,* ya en su tiempo traducida al castellano por Juan Arce Solórzano (5). Lope de Vega, que incorporó al teatro muchas de las leyendas y de las historias más salientes, y trató este tema en su *Comedia de Barlán y Josefá,* no podía eludir hablar de la soledad tratando de dos santos solitarios y cuando Josafat deja el trono y escoge la soledad con todos sus efectos y toda su santidad.

Pero Lope sólo entona estrofas líricas a la soledad, sin que se atreva a cantar lo grande de la soledad en su vida íntima de trato y gozo en Dios. En boca de Barlaam pone estos versos:

---

(5) Véase extensamente tratado este tema en el capítulo XVI.

Soledades dichosas
deste fragoso campo.
... ...
¡Ah, Señor, quién supiese
servirte en este yermo
y despreciarse a sí bastante!
¡Quién, Señor, te cantase
debidas alabanzas
entre estas claras fuentes y estos prados,
que te alaban corriendo
con apacible risa,
y entre estos verdes árboles,
que cantan con las hojas
debidas alabanzas de tu nombre,
donde también suaves
trinan sus himnos las perleras aves! (6).

Hace alusión a la pobreza de los desiertos cuando Josafat quiere pàgar con oro y joyas a Barlaam por haberle enseñado la verdad y haberle hecho cristiano, y Barlaam le dice al volverse al yermo:

Hijo, no es justo que intente,
por mil coronas e impèrios,
deshacer aquel desprecio
con que viven monjes santos
en cuevas y riscos tantos;
que tendrían por necio
si viesen todos que el oro
yo se les llevaba allá.

(6) LOPE DE VEGA: *Comedia de Barlán y Josafá,* acto II.

Canta luego la soledad, primero por boca de Liseno, diciendo lo que abraza Josafat y las virtudes del mismo, y luego por boca del Príncipe, que dejó el trono y vive ya en la soledad:

LISENO. Felicísimas montañas,
donde ha venido a morar,
ya entre peñas, ya en cabañas,
la santidad, que ha de dar
tal fama a estas tierras extrañas.

Y vos, palmas orientales,
que sustentáis tales almas,
supuesto que desiguales
a las celestiales palmas
de sus almas celestiales.
Y vosotros, arroyuelos,
que dulces cristales dais,
por aquestos verdes suelos
con que alegres imitáis
a las aguas de los cielos.

Pues aunque en él no nacéis,
ni vuestra ventura quiso,
pasáis por el Paraíso,
pues entre santos nacéis.

JOSAFÁ. ¡Oh, qué dichosos que son,
santísima soledad,
cuantos a vos se retiran,
y en estas peñas exentas
los naufragios y tormentas
de la mar del mundo miran!

Desde aquí se ven mejor
los euripos temerosos,

los escollos peligrosos
del alma, vida y honor.
... ...
Todo está seguro aquí;
¡Oh, maestro, si te hallase (por Barlán),
porque contigo gozase
el bien que tengo por ti! (7).

Cuando Josafat ha encontrado a Barlaam en la soledad, tienen un magnífico diálogo sobre la soledad y da a entender su grandeza más que decirla; comenta haber dejado el trono por abrazarla y vivirla.

BARLÁN. *Dice a Josafat:*
Grande ha sido tu valor.
No me acabo de admirar.
... ...
Hijo, quien supo tan bien
trocar el mal de la tierra,
sabrá resistir la guerra
destas soledades bien.
... ...
JOSAFÁ. ¡Oh, cuánto aquí se mejora
el reino, que allá dejé!
BARLÁN. Quien el del cielo conquista,
aquí le tiene a la vista
con las obras y la fe.
JOSAFÁ. Pues, padre, en eso me fundo;
de lo que he de hacer me advierte,

(7) LOPE DE VEGA: *Comedia de Barlán y Josafá*, acto III.

que viendo cierta la muerte,
¿qué valen reinos del mundo?
... ...

JOSAFÁ. Callad, soledades,
apacible silencio,
que el alma levantáis a bien más alto;
centro de las verdades,
adonde diferencio
el bien de que me vi tan corto y falto.
Yo he dado un grande salto,
pues dejo el mundo en medio
del centro de éste y polo,
a un monte mudo y solo;
pero si en él estriba mi remedio,
dichoso yo, que puedo
vivir sin quejas y morir sin miedo.
... ...
Todo a su autor alaba
y nunca de alabarle acaba (8).

Ni aun aquí supo Lope Vega remontarse a contar la soledad espiritual o lo íntimo, grande y gozoso de la soledad. Hace delicadas reflexiones morales, canta con lirismo, como poeta imaginativo y sentimental en sus odas, con sentimientos humanos naturales, no espirituales, sin salir del sosiego de la naturaleza. En esta comedia supone la santidad de la soledad como cristiano, el desprecio del mundo, el heroísmo de dejar el trono para asegurar el cielo en vida pobre de ermi-

---

(8) LOPE DE VEGA: *Comedia de Barlán y Josafá,* acto III.

taño. No entra en la luz de la soledad espiritual. No la había vivido ni conoció su esencia de luz y delicia.

Podrá dolerse y arrepentirse con tiernísima y conmovedora contrición ante el Señor, como lo hace en los fervorosos y admirables versos que hizo pidiendo perdón al Señor, pero no puede expresar la hermosura de la vida espiritual del retiro solitario en compañía con Dios.

* * *

Madre Marcela Lope de Vega. Mejor comprendió y supo cantar su hija Marcela, religiosa Trinitaria y también poetisa, la soledad íntima y espiritual cuando muy dulcemente escribía:

En ti gocé de mi Esposo
las pretendidas caricias,
los halagos sin estorbos,
los regalos sin medida.
... ...
En ti le pedí su unión
con ansias de amor tan vivas,
que no sé si le obligaron.
El lo sabe y El lo diga.
... ...
¿Qué virtud no se alimenta
con tus pechos y caricias?
¿Quién deja de estar contento
si te busca y te codicia?

Madre Marcela, como tantas monjas santas y poetisas desconocidas, lo vivía, lo sentía y lo sabía expresar muy delicadamente.

* * *

CALDERÓN DE LA BARCA. Calderón de la Barca fue ordenado sacerdote, como Lope de Vega, cuando ya estaba adelantado en años; de vida ejemplar, aún sin dejar de escribir para el teatro y muy por encima de todo competidor en los Autos Sacramentales, escribe en varios lugares sobre la soledad con estilo mucho más ampuloso que Lope; pero trata, como casi todos, de la soledad en cuanto que es apartamiento de los hombres y de la sociedad desleal y engañadora (y lo fue largamente la que le tocó vivir a él), pero sin llegar ni a vislumbrar siquiera la puerta luminosa que conduce a la vida espiritual en la soledad, donde se vive en Dios, se recibe la luz de Dios y con ella se entrega totalmente el alma a Dios.

Los personajes solitarios de Calderón cobran hastío y aversión al mundo, desengañados de él por las traiciones de los hombres, pero se conservan desconfiados sin renunciarse a sí mismos y sin dar muestras de que conocen el camino de la humildad, que guía a la vida de amor de Dios para poder estar a solas con El. No conociendo esto, desconocen la soledad espiritual.

Calderón pone en boca de uno de sus personajes estas palabras de soledad, pero no espiritual:

> ... te suplico
> que más lustre no me des
> que dejarme en mi retiro
> a vivir como viví,
> destas peñas vecino,
> destos brutos compañero,
> ciudadano de estos riscos;
> que no quiero aplausos
> de tan mañoso artificio
> que no sepa cuándo son
> verdaderos o fingidos (9).

* * *

TIRSO DE MOLINA. Con grande ingenio y mucho gusto presentó Tirso de Molina el contraste que hay entre la zozobra, inquietud e intriga de las ciudades y el bienestar y sosiego de los campos, y lo hizo maravillosamente; pero ni pretendió seguramente decir nada de la soledad espiritual. El público que acude a las diversiones y a pasar alegremente el rato, aun cuando sea tan perspicaz como dicen algunos autores que era el que acudía a escuchar los Autos Sacramentales en el siglo

---

(9) CALDERÓN DE LA BARCA: *En esta vida todo es verdad y todo es mentira.*

XVII, no es apto ni tiene capacidad ni voluntad para poder percibir la hermosura y delicadeza de la vida íntimamente espiritual, además de ser sumamente difícil dar cuerpo y hacer palpable en la escena esa vida espiritual e interior que es lo grande de la soledad. Por esto no se les pasaba por la mente a los poetas ni lo juzgaban oportuno. Ya hacían verdaderos prodigios con dar cuerpo y movimiento a los misterios y hacerlos interesantes al público.

Pero Tirso de Molina no tan sólo ya presenta atrayente y amable la paz y la quietud natural y la hace interesante al público, sino que al darla personalidad en la escena y hacerla salir triunfante, hermosa y atrayente, mientras terminan desastradamente todos sus enemigos, levanta su mirada sobre la soledad natural y la quietud de los campos y describe la virtud moral y cristiana del apartamiento de ambiciones, honras y grandezas, y dice ser el camino para llegar a Jesucristo.

He aquí algunas escenas del Auto Sacramental titulado *No le arriendo la ganancia:*

ACUERDO. Mi inclinación no procura
sino quietud...

ESCARMIENTO. Y goce yo la quietud
de la soledad, en donde
ni peligra la salud,
ni presurosa se esconde
en canas la juventud.

QUIETUD. La paz y el silencio
son habitadores
de mis quietos valles
y apacibles montes.
... ...

QUIETUD. ¡Ay, prudente acuerdo!
Verdades propones
y el silencio eliges
donde el bien se esconde.
... ...

QUIETUD. (En la Corte). Estoy mala.

ACUERDO. En la Corte.
siempre lo está la quietud.

QUIETUD. ¿Cuándo he de volver
a veros, Santo Sosiego?

ACUERDO. Quietud de los ojos míos,
la Sabiduría santa,
que en el valle del sosiego
reina, virtudes y gracias,
en un eterno banquete
quiere endiosar nuestras almas.

QUIETUD. Goce, Acuerdo, de mi alma,
el Honor con la Mudanza,
los manjares que en el mundo
tantos tántalos engañan,
y en nuestro descanso alegre,
el pan de la boda eterna,
gocemos, que el cielo amasa.

ACUERDO. Vamos a ver la Madrina (la
Sabiduría, la Eucaristía).

QUIETUD. ¡Qué dadivosa es, qué larga!
No pudiera gastar Dios
más que ella en su mesa gasta.

(Canto solo.) Al que por el oropel
del mundo que premia en pajas
la quietud del alma deja,
(cantan todos) no le arriendo la ganancia (10).

(10) FRAY GABRIEL TÉLLEZ: *No le arriendo la Ganancia.* Auto Sacramental. Muy concorde con la idea que tenían más o menos todos los poetas de nuestro siglo clásico de que la virtud se acoge y vive en la soledad, es la que expresa por contraposición el MAESTRO JOSÉ VALDIVIELSO en otro Auto, de que el placer reside en la ciudad. Dice así en la escena IX de *El Peregrino.*

PLACER. ¿Quién anda por allá abajo?
PEREGRINO. Es un curioso romero
que la ciudad quiere ver.
PLACER. A abriros baja el placer
que es de la ciudad portero.